El cristianismo en la poesía de Guillermo Valencia

Escribe: STANLEY W. CONNELL

Tesis presentada para opción al título académico de M. A. en la Escuela de Graduados de la Universidad de Minnesota. — Traducción de Carlos López Narváez.

PRELIMINAR

Si bien la obra de Guillermo Valencia ha brindado estímulo ingente a la crítica, dentro de la propia Colombia, con su poesía no ha sucedido lo mismo —paralelo y consiguiente— fuera del país natal, y en la medida justa del merecimiento de ella. Hasta lo presente solo un magnífico ensayo ha logrado penetrar hondo en dicha materia: nos referimos al trabajo, también académico, de Sonja Karsen, aparecido hace dieciseis años, presentado a la Universidad de Columbia (1).

El verso de Valencia ha sido señalado y clasificado por sus numerosos críticos como obra de poeta pagano y decadente, o como de poeta cristiano, o de parnasiano afrancesado, o de *alejandrino* modernista, o de clásico modernista, de poeta universal, y otros epítetos. La influencia del modernismo francés y del germano acabaron por complicar aún más la clasificación de la producción poética valenciana.

Con todo, y no obstante la profusión de críticos clasificadores, un elemento muy importante en esa poesía —no del todo desatendido— sí ha dejado de recibir los análisis y comentarios que específicamente demanda la interpretación del hombre y su obra, elemento que es su *cristianismo*.

Nacido y educado en ambientes de genuina catolicidad, el *maestro* —como desde en vida se le nombró en Colombia— conservó a lo largo de su existencia terrena, la fe, dogmática y razonada al par, que tan grande influencia mantuvo en su visión de aquella, para florecer y fructificar en producción lírica. El doble propósito del presente estudio se dirige a buscar las circunstancias que en la vida de Guillermo Valencia alcancen a

explicar el papel de su cristianismo católico en la labor creadora; y al análisis de esa poesía en orden a determinar el tipo y el alcance de la actitud creyente que la vivifica y exalta.

BIOGRAFIA

Popayán—La obra de Guillermo Valencia no podría ser comprendida a plenitud si se dejara de lado la valoración de la ciudad que fue su cuna, donde vivió la casi totalidad de sus días; donde finalmente, con filial anhelo realizado, quería morir, y donde se guardan sus cenizas con reverente y amorosa devoción a su memoria glorificante. La ciudad nativa mantuvo primerísima importancia en la vida insigne de su poeta, y en la del conductor político; en grado tal ambas cosas, que siempre se ha dicho: “Valencia es Popayán y Popayán es Valencia” (2).

Nuestro examen, sin embargo, no busca ceñirse a la literalidad de ese aforismo. Más exacta y honorante verdad es la de que la vida del *maestro* tiene su retablo en la ciudad misma, así como es la estatua la que proyecta su simbólico esplendor sobre el recinto y en los ámbitos que señorea.

Popayán, ciudad procera a muchos títulos en la historia colombiana, apenas logra sobrepasar el centenar de miles de habitantes; se asienta en la parte meridional del bellísimo y opulento *Valle del Cauca*, entre las cordilleras central y occidental, dos de las tres paralelas en que se desanuda la cadena de los Andes suramericanos. Como Williamsburgo (Virginia, EE. UU.), Popayán conserva la arquitectura, las costumbres y peculiaridades de su pasado español. Aún hoy día, la visita a la breve y bella ciudad del suroeste colombiano, sembrada de viejas torres católicas, de casonas que fueron mansiones hidalgas y monasterios, de blancos muros domésticos coronados de rojos tejados que “el tiempo, viejo de puño sanguinario” acabó por ennegrecer, despierta la sensación de una larga parada en el ayer multiseccular. Allí las viejas tradiciones mantienen su vitalidad, preservadas por el esfuerzo ejemplar y solidario de sus moradores que en este punto siguieron devotamente el amable caudillaje en palabra y en acción, incansable y prestantísimo, del maestro mismo, en la conservación del carácter tradicionalista de aquella “mínima ciudad de dolor y de gloria” para nombrarla con valenciana expresión.

Nació Popayán en los años treinta del siglo XVI, cuando los misioneros católicos del descubrimiento y la conquista ibérica dábanse a buscar adecuados sitios del Nuevo Mundo dónde establecer centros catequísticos y doctrineros o conventuales, con las correspondientes fábricas eclesiásticas para el culto y para agrupaciones escolares anexas. Aquella fue la época en que se fundaron y crecieron núcleos urbanos tan importantes como Oaxaca, Puebla, Morelia, en México; León, San José y Guatemala (antigua), en América Central; Matanza, en Cuba; Mérida, en Venezuela; Ambato y Cuenca, en el Ecuador; Chuquisaca, en Alto Perú (hoy Bolivia); Córdoba y San Juan, en Argentina; Tunja y Popayán, en Colombia: de todas las cuales Popayán “es quizá la que mejor conserva sus viejas tradiciones, la que ha luchado por ellas” (3). Situada en una comarca tal vez la más católica militante de América, Popayán mantiene

viva la celebridad de su *semana santa*, culto historiado, de esencial colorido cuya ceremonial expresión atrae muchedumbres —en especial las propias y nativas— desde todos los puntos cardinales y por distantes que se encuentren: “Meca de los ensueños, tumba de Don Quijote” la invoca Valencia mismo en su poema alejandrino *Alma mater* (4). La apreciación expresada la ha condensado otro escritor payanés contemporáneo, al consignar: “En largos y densos trayectos de historia nacional, Colombia y Popayán se identifican y consubstancian”; porque “Popayán, con Tunja y Chiquinquirá, retienen la católica personería de la Fe” —ha agregado más adelante el mismo (5).

No menos famosa es Popayán por sus instituciones de enseñanza, de cuyo seno “...salían maestros que difundían el saber por villas y ciudades de Colombia, de Venezuela, del Ecuador, de Centro América, y prelados y misioneros que iban a predicar el Evangelio aún a las tribus salvajes de las selvas amazónicas (6). Guillermo Valencia vino al mundo, se instruyó y formó, laboró, vivió y murió respirando en ese tradicionalista, muy noble y muy leal solar de Nuestra Señora de la Asunción de Popayán.

La familia Valencia—Los padres, y desde luego en forma especialísima la madre, jugaron papel decisivo en las determinantes de la religiosidad en Valencia. Flor y fruto de catolicísimos ancestros social y familiar, “...aprendió el catolicismo acendrado que lo tipifica” (7). Fue su padre el muy ilustre jurisconsulto don Joaquín Valencia Quijano, político por todo lo alto, orador, rector de la Universidad del Cauca (1885-87); mucho del entusiasmo del hijo por la política, y del amor a las letras hallan origen en la preceptiva paternal, como que don Joaquín fue siempre activísimo militante de sus principios políticos; poseía, además, una densa y extensa biblioteca personal (8).

La madre del poeta, doña Adelaida Castillo Caicedo, de ascendencia cubana-española, hija de un prócer de la independencia, —el comandante Bartolomé del Castillo y Varona, y payanesa como su esposo, fue dama que conjugaba, con su múltiple alcurnia, la profesión y la práctica de una virtuosa piedad católica que se esmeró en inculcar fecundamente en el hijo. Uno de los más recientes biógrafos de Valencia consigna al respecto: “De añejas virtudes cristianas y con padres vinculados, por ambas vertientes familiares, a una operante fe católica, doña Adelaida enseña a su *Guillermito* —que así lo llamaba— a santificar la mente y el corazón, llevándole, ella misma, la infantil manecita para hacerle la señal de la cruz. Y cuando aprendió a hablar, lo inició en las oraciones que toda madre tiernamente cristiana se empeña por fijar en la memoria y las costumbres de sus hijos” (9).

De doña Adelaida heredó Valencia una naturaleza sensitiva que mantuvo en constante fidelísima obediencia. Años más tarde, ya en plenitud de la madurez humana, Valencia solía referir: “A tal punto llegaba la emotividad de mi madre, que la vi morir de dolor al cabo de llorar durante un mes la desaparición de una de mis hermanas” (10). Infortunadamente Valencia la perdió siendo él muy joven: la muerte se la arrebató cuando era apenas un doceañero. Dos años después fallecía el padre: pérdidas que causaron en la vida y el alma del sensitivo adolescente un tremendo impacto emocional.

El Seminario Conciliar—El ingreso de Valencia en el de Popayán, a cargo de la comunidad de Padres Lazaristas, misioneros vicentinos, en el año 1885 (11), abre un período de trascendente importancia por la influencia en su carrera literaria. Primeras letras habíalas hecho en la escuela que doña Adelaida había abierto bajo su dirección y preceptiva, principalmente para niñas. A la muerte de aquella admirable mujer que, hogareña y evangélicamente, realizó a plenitud una auténtica misión de “Mater et Magistra”, Valencia asistió, durante un año, a diversas escuelas, antes de su ingreso en el seminario. Este renombrado colegio había sido fundado por los padres Jesuítas, en 1643, y pasó luego a regencia de la comunidad vicentina de los Padres Lazaristas, a partir de 1871. Durante esta etapa, decisiva en la formación moral y cultural de Valencia, la dirección de los estudios estaba a cargo de sacerdotes catedráticos franceses. Uno de ellos, “...religioso dedicado a la enseñanza, se encariñó especialmente con el nuevo discípulo; llamábase el padre D. Malecieux, C. M., francés de origen, y un integrado humanista, estudioso de lenguas clásicas, entre las cuales señoreaba a cabalidad el latín, el griego y el hebreo, amén de otras modernas. En el resto de la vida, Valencia, por su parte, mantuvo permanente cultivo del latín y del hebreo: de su generación literaria fue acaso el único familiarizado con la lengua del Antiguo Testamento” (12).

El padre Malecieux, verdadero piadoso y amante de los clásicos, infundió en el discípulo predilecto viva sed de conocer y saber. En 1921 Valencia escribió el poema a la memoria del inolvidable preceptor y amigo; poema que patentiza la incólume admiración por ese maestro que actuó como su guía espiritual. El poema está labrado en 18 sextinas heptasílabas, de acentuación esdrújula, grave y aguda, bajo el título *In Memoriam*. No nos negaremos la satisfacción de transcribir —para decoro de estos apuntes— (la 7a., 15a. y 17a.) tres de sus doctas al par que “férvidas estrofas”:

.....

*Tu voz pobló de gérmenes
nuestro cerebro inculto,
y alzó nuestros espíritus
al escondido culto
que erige altares férvidos
en cada corazón.*

.....

*Por ti las llamas de Atica
nos arden con su fuego;
purificaste al bárbaro
para el milagro griego,
y donde cardos rústicos,
segamos hoy laurel.*

.....

*Tu fe llenó estos ámbitos
de la visión sublime.
Dejaste en los espíritus
la fuerza que redime,
y un eternal antídoto
que salva del dolor (13).*

Los propios comentarios de Valencia sobre sus cinco años de seminario son muy significativos. Cierta vez expresó: "Alcancé a recitar en griego algo de Anacreonte, y aquella famosa defensa de San Juan Crisóstomo al eunuco Eutropio... Me aficioné de manera especial a los Padres de la Iglesia, Tertuliano, San Jerónimo..." (14).

Como estudiante *seminarista* Valencia alcanzó los triunfos de mayor grado y calidad con trabajos en prosa y en verso, en historia y en traducciones del latín (15). Amaba la poesía, la leía con cálido embeleso. Algunas veces, estando enfermo, distraía la permanencia en el lecho, traduciendo y poniendo en verso páginas enteras de los textos de estudio (16). Poseía una memoria mitridáctica, con sorprendente capacidad de intelecto. Pero su natural era más bien rebelde, y a causa de ese temperamento, nunca se pensó en alentarle siquiera o entusiasmarlo para la vida sacerdotal. Más tarde, él mismo comentaba: "...desde un principio fui declarado inhábil para el sacerdocio a causa de mi temperamento rebelde" (17).

No obstante esa confesada inhabilidad para la vida religiosa, Valencia estuvo bajo el permanente influjo del ambiente conventual del seminario. En 1888 hizo su primera aparición pública con ocasión de habersele encomendado por la rectoría del instituto, pronunciar la oración de estudios en la clausura del año docente. Fue su estreno oratorio, y tan honda huella marcó el trance en su personalidad, que pasados muchos años manifestaba: "Entonces se bifurcó mi espíritu y se afirmó mi vocación. Estudié lo que me gustaba: historia, retórica, latín, griego, francés, y abandoné todo lo demás" (18).

Hacia 1891 escribe su primer poema —*A San Juan Bautista*— para un concurso literario entre los seminaristas (19). Infortunadamente por ninguna parte ha podido nadie hallar tan importante punto de partida en el examen crítico de la poesía de Guillermo Valencia. Pero el detalle dice mucho de por sí: Valencia inicia su trayectoria de poeta con un tema religioso. En el extremo opuesto, el ciclo de producción lo cerrará otro tema religioso, la *Primera comunión* de su nieta mayor, Halma, (hoy señora de González Piedrahita) (20). Bien se evidencia cuán determinante, moral e intelectualmente, fue el influjo de la vida seminarista en Valencia, estimulándolo en el inicio de su vuelo de poeta y de escritor. Los años allí y así transcurridos dejaron indelebles surcos en su personalidad; surcos en que habrían de fructificar, bajo las especies del poema, o de las oraciones cívicas, políticas, académicas, parlamentarias, su predilección por los temas de un catolicismo doctrinario y práctico a la vez, y su afinidad electiva con las letras de Francia.

Literatura y política—Con dieciocho años de edad, hacia 1891, Valencia entra a la Universidad del Cauca. Para atender a su propio sos-

tenimiento, trabajaba; lo hacía porque, por encima de un legítimo orgullo de estirpe se hacían presentes las exigencias de la vida y la satisfacción de sus predilecciones. Era una juventud sin goces de abundancia económica, pero, compensatoriamente, con un aservo inmenso de lecturas (21). Cuando la Facultad de Filosofía de la Universidad le encomendó un discurso, nuevamente escogió tema religioso, de historia eclesiástica, *La Iglesia católica en la Edad Media*, asunto que no podía menos de requerir una densa y extensa información erudita. Cursó humanidades y jurisprudencia, que infortunadamente no llegó a coronar con el respectivo título académico, porque a los 19 años de edad, como les acontecía a muchos otros coetáneos de escaso acomodo económico, hubo de cambiar las actividades de estudio por las de la burocracia, en una secretaría de Prefectura. En el año siguiente le fue asignado un empleo en el ramo de minas de la Secretaría de Hacienda del Departamento del Cauca (22). En 1895 la fortuna empezó a mostrar rostro más benévolo, con ocasión de la llegada, a Popayán, del general Rafael Reyes, en su regreso a Bogotá, finalizada la guerra civil de ese año. Al general le fue presentado el joven Valencia Castillo, y habiéndole causado, a poco de hacer amistad, una espléndida impresión, como era natural que sucediera, valoró la personalidad de ese hijo de don Joaquín Valencia Quijano; ofrecióle la secretaría personal privada, y habiéndola aceptado Valencia, hizo su primer viaje a Bogotá con tan ilustre privanza, para la cual mantuvo recordación perenne de gratitud y aprecio recíproco con el famoso dispensador de ella.

Este primer arribo de Valencia a la capital de la república lo puso en contacto con gentes e idearios que influyeron fundamentalmente en una doble preocupación anhelosa: la de las letras y la de la política (23).

El ambiente literario bogotano de aquella época lo describe con maestría otro poeta y escritor jerárquico: "Todo era lucha y controversia de *decadentes, simbolistas y parnasianos*; furores de una *nueva sensibilidad*, alardes de una *nueva concepción del mundo* y anuncios de que la vida y el pensamiento iban a transformarse bajo la pluma de exquisitos estetas o de *degenerados superiores* que exaltaban todas las aberraciones del genio" (24).

En 1896 publicó Valencia el soneto *Decadencia*, primer poema suyo, original, hecho en Bogotá. En los años 96 y 97 produjo igualmente los poemas todos que más tarde aparecieron colectados en el breve tomo, "de corte fino y largo", con el título de *Ritos* y el subtítulo genérico de *Poesías* en las cabeceras de página (editado: "MDCCCVIII, Papelería de Samper Matiz. Bogotá) prologado con una carta del propio Valencia a don Juan Manuel Abello, fechada en septiembre de 1897, autorizando la edición que el destinatario le pedía. Las composiciones allí reunidas fueron recogidas de los periódicos bogotanos, en especial y mayormente de "El Siglo", fundado en 1896 por el propio Valencia en asocio de Guillermo R. Calderón.

Por entonces Valencia ya llevaba amistad con Baldomero Sanín Cano, el más destacado e influyente hombre de letras y alto crítico; amistad de mutua glorificación y firmeza, mantenida a todo lo largo de la

vida a partir de esos días, y aún más allá de la desaparición terrenal del *maestro* payanés, cuarenta y cinco años más tarde; amistad que, obviamente, asumió desde el mismo día en que naciera, una importancia decisiva en la formación estética ideológica del poeta cuyo ideario, hasta su arribo a Bogotá, era de naturaleza densa y extensamente clásica; amistad fraternal, por último, que jamás fue empañada ni levemente siquiera por la profunda disparidad de principios filosóficos, de confesión religiosa, de profesión política que separaba a *los dos maestros*, en un recíproco respeto tan prudente, comprensivo y solícito como solo hallaba par en la diafanidad y pulcritud de los confraternales sentimientos de comprensión total en la Belleza y Sabiduría. El *maestro* Sanín —como venerantemente afectuoso gustaba llamarlo Valencia, correspondiendo al cordialísimo y sencillo *Guillermo* con que Baldomero lo nombraba— estimuló en el poeta el interés por la literatura europea contemporánea, singularmente por la francesa y la alemana. Sobre estos particulares, Valencia declaró tiempos después: “Aquella fue sin duda la época definitiva de mi carrera literaria. Todos ansiábamos producir y superarnos. Las lecturas en casa del *maestro* (Sanín), donde se comentaba y pulía la obra de todos nosotros sin distinción de escuelas... era un estímulo para salir adelante” (25).

Políticamente, Valencia fue siempre un *conservador*, así en los principios profesados como en las actividades militantes. En 1896 fue enviado por primera vez al congreso como representante por la circunscripción electoral de Facatativá, en suplencia efectiva del general Joaquín María Córdoba quien había declinado su curul parlamentaria. Ese conservatismo político ha sido justa y evidenciadamente cotejado con su ortodoxia de creyente y profesante católico: “Jamás se desvió un punto de las doctrinas políticas profesadas con arrogancia, ni mucho menos de los dogmas católicos que aceptó con sinceridad absoluta, y en cuya aceptación humilde hubo de morir” (26).

La Iglesia católica y el partido conservador han marchado cerradamente identificados en la vida política colombiana. Sin embargo, no podría afirmarse que Valencia fuera lo uno —el conservador— como imposición o consecuencia forzosa de su catolicidad; pero hubiera sido inconcebible encontrarle dentro del liberalismo colombiano, partido menos ortodoxo en punto a religión, y aún con históricos antecedentes que llegaron a lindar, no pocas veces, con un franco anticlericalismo.

* * *

NOTAS BREVES SOBRE EL AUTOR

Tan solo la circunstancia de la nacionalidad extranjera —pero vinculada a la cultura colombiana con la mejor de las matrículas y la más merecible carta de ciudadanía, a saber, las de una labor docta y un cordial interés en nuestras letras nos hace creer menester la formularia presentación de estilo del autor de este originalísimo y ejemplarmente pulcro ensayo académico, como quiera que su lectura se encargará de dar la mejor semblanza de la joven pero ya críticamente madura personalidad de Stanley W. Connell.

Cuatro años, o poco menos, hace que viene honrándome su amistad, nacida y viandante a la sombra de la sombra-fanal de Guillermo Valencia desde la diestra de Dios Padre. Refiriolo a mi modesto ente algún viejo conocido catedrático universitario estadounidense, como a persona que podría prestarle colaboración en el acopio de datos y fuentes de información que Connell necesitaba —y solo en la propia tierra de Valencia era dable encontrar— para elaborar este trabajo de interpretación y de crítica, reglamentario y condicionante de un título de *M. of Arts* en Filosofía y Letras de la Universidad de Minnesota, Escuela de Graduados, después de intensivos períodos para los grados de Bachiller en Artes y en Ciencias. Habiendo ganado la opción a una beca para venir un tiempo a estudiar en Colombia —beca otorgada por la organización SPAN— escribió para esta un primer trabajo académico sobre Guillermo Valencia; ensayo —dice él mismo— “más descriptivo que analítico, y tal vez más de interés personal que general, conforme a requerimientos de la organización becante”.

Tal la implícita razón para escribir este segundo ensayo —corte magnífico en la marmórea cantera valenciana— habiendo quedado sin editorial presentación el primero, salvo las páginas sobre *Anarkos*, que en versión castellana aparecieron en suplementos dominicales de nuestros diarios capitalinos.

El detalle de la insistencia habla por sí solo: el escolar académico, de la Universidad de Minnesota, sintiose penetrantemente apasionado por la vida, la personalidad y la obra de Valencia, y paradójicamente dio en especificar y concretar el interés temático sobre un aspecto hasta ahora por nadie abordado en la obra del ínclito maestro. Realmente no era para menos de entusiasmarse con la lectura de estas páginas originales en un inglés castizo, elegantemente sobrio: garantía de fidelidad en la interpretación y valoración del artista y del creyente que esplendieron en el poeta de *En el circo*, *San Antonio y el centauro*, *El caballero de Emaús*, *Día de ceniza*, *Job*, para nombrar solamente algunos de su cármes mayores.

Connell es dueño de un conocimiento del español en forma necesaria, suficiente y amplia como para regentar —como en efecto regenta— cátedras del idioma en el Macalester College, de alta nombradía, Universidad privada de St. Paul, Estado de Minnesota. Lo domina con perfecta fluencia, así en la conversación como epistolariamente, al punto de que hubiera podido a cabalidad —de ello estamos plenamente seguros— escribir sus dos *magistrales* ensayos con perfecto vocabulario prosódico y en impecable sintaxis. Pero no era del caso exigirle hacerse su propio traductor; y entusiasmados nosotros, mentalmente por razones obvias, y sentimentalmente por motivos clarísimos, hubimos de pedirle su autorización para aportar nuestra devota colaboración, a fin de traer a los círculos y campos de la tan voltaria crítica colombiana, un acabado modelo de lo que debiera ser ella en la recta valoración de nuestros primates de la literatura en general y mayormente de la poesía hispanoamericana. Obtenida aquella autorización, ningún retablo mejor pudiera dársele a estas páginas solidarias que el “*Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis-Angel Arango” clásico, auténtico blasón de las letras colombianas.

NOTAS

- (1) Karsen Sonja, *Guillermo Valencia colombian poet*, Hispanic Institute, New York, 1951.
- (2) Carlos García Prada, *Estudios hispanoamericanos*, México, 1945, p. 51.
- (3) Carlos García Prada, *Guillermo Valencia. Poesías y discursos*, Biblioteca de Autores hispanoamericanos, Madrid, 1959. I. p. 16.
- (4) Carlos López Narváez, *Cuatro siglos de fe*, "Vínculo Shell", XVI, No. 124, 1964, p. 3.
- (5) *Ibidem*.
- (6) Carlos García Prada, *ob. cit.*, p. 17.
- (7) Oscar Echeverri Mejía, *Valencia*, Madrid, 1965, p. 203.
- (8) Sonja Karsen, *ob. cit.*, p. 21.
- (9) Benigno Acosta Polo, *La poesía de Guillermo Valencia*, Barranquilla, 1965, p. 19.
- (10) Pablo J. Scarpetta, *Diálogos*, Cali, 1946, p. 57.
- (11) Hay una diferencia muy ancha entre la acepción conceptual de "seminario", en el vocabulario docente español, y su congénere inglés "seminary". En Colombia, aunque la primera función del *seminario* es la selección y preparación de estudiantes para el presbiterado sacerdotal, su primer nivel —"seminario menor"— corresponde prácticamente a un colegio de bachillerato. El segundo nivel —"seminario mayor"—, si equivale al *seminario* estadounidense, donde el estudiante es un graduado de High-school que allí hace estudios eclesiásticos preparativos del ministerio pastoral, sacerdotal.
- (12) Guillermo Valencia, *Obras poéticas completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1955, 3a. ed., p. 14; prólogo por B. Sanín Cano. Esta colección, frecuentemente citada aquí, será designada como "Aguilar, Obras"
- (13) *Ibid.*, p. 533.
- (14) Echeverri Mejía, *ob. cit.*, p. 13.
- (15) J. H. Cuéllar, *Guillermo Valencia* "El Nuevo Tiempo Literario", XIII, enero, 1914, p. 478.
- (16) Manuel Serrano Blanco, *Valencia*, Bucaramanga, 1945, p. 25.
- (17) *Ibid.*, p. 30.
- (18) Echeverri Mejía, *ob. cit.*, p. 13.
- (19) *Ibid.*
- (20) Aguilar, *Obras*, p. 494.
- (21) Scarpetta, *Diálogos*, p. 57.
- (22) S. Karsen, *ob. cit.*, p. 26.
- (23) *Ibidem*.
- (24) *Guillermo Valencia, antología poética*. Biblioteca de Autores colombianos, publicación del Ministerio de Educación Nacional, bajo la dirección de la revista "Bolívar", Editorial A B C, 1952. Prólogo de Rafael Maya: *La poesía de Guillermo Valencia*, p. 26.
- (25) S. Karsen, *ob. cit.*, p. 58, citando a Luis Enrique Osorio, reportaje "Guillermo Valencia me dijo..." Revista "Vida", Bogotá, octubre, 1941, p. 30.
- (26) Valencia. Antología poética, pp. 8 y 9.